

Los romances españoles en Nicaragua

Jorge Eduardo ARELLANO
Universidad Centroamericana. (UCA). Managua

I. INVESTIGACIONES

De la existencia de romances españoles tradicionales en América, negada en varias historias literarias del siglo XIX, sólo el colombiano Rubino José Cuervo confesaba en 1874 haber oído los romances de «Bernardo el Carpio» y de los «Infantes de Lara», recitados por un campesino. Y no fue sino hasta 1905 que Ramón Menéndez Pidal, en su viaje por varios países sudamericanos, recogió muestras de romances españoles que luego estudiaría en «Los romances tradicionales de América», ensayo publicado en revista¹, inserto posteriormente en volumen con título semejante².

Investigaciones más cuidadosas surgieron en Argentina y México, Cuba y República Dominicana, Puerto Rico y Costa Rica; entre los nicaragüenses, las recolecciones promovidas por el movimiento de vanguardia desde 1931, llevadas a cabo por Pablo Antonio Cuadra y Francisco Pérez Estrada, Salvador Cardenal Argüello y Ernesto Mejía Sánchez, dieron fruto en el estudio y antología *Romances y corridos nicaragüenses* (México, Imprenta Universitaria, 1946) del último investigador³.

II. FUENTES

Durante la década de los cuarenta se conservan, más o menos vivas, versiones nicaragüenses de romances tradicionales. Sin la influencia arro-

1. *Cultura Española*, Madrid, núm. 1, febrero, 1906, pp. 72-111.

2. *Los romances de América y otros estudios*. Madrid, Espasa Calpe, 1958, (Colecciones Austral, v. 55).

3. A treinta años de su primera edición, fue reproducido por la Colección Cultural Banco de América (Serie Ciencias Humanas, v. 3).

lladora del cine y la penetración de la radio, que llegaron después, era frecuente escucharlas en los departamentos de la región del Pacífico, en Chontales y las Segovias, principalmente en las zonas rurales, durante casamientos, velorios, serenatas, «amanesqueras», fiestas patronales y demás celebraciones. También se cantaban como *arrurrús* para dormir a los niños.

Como lo indica Mejía Sánchez, en el manuscrito del siglo XVIII de *El Güegüence* se hace referencias a *sones* y *corridos* como ya el pueblo llamaba a los romances tradicionales; y de los testimonios de los viajeros del siglo pasado, el mismo investigador transcribe dos curiosas anécdotas: una protagonizada por el norteamericano Peter F. Stout y otra por el alemán Julius Froebel, autores respectivamente de *Nicaragua: Past, Present and Future* y *Seven years, in travel on Central América*; ambos estuvieron en 1850 y publicaron sus libros en 1859.

Stout oyó a una granadina de ojos negros un *romance del Cid*. Al preguntar a la joven dónde lo había aprendido, la respuesta fue: «*Me lo enseñó mi madre*»; ¿«*y ella dónde lo aprendió*»? —insistió el viajero—. «*Oh, aquí en nuestra tierra*», le respondió la muchacha. Y Froebel, de paso por Tipitapa, vio a los dueños levantados: «y la joven señora —escribe— estaba cantando en voz baja los *versos de la viuda*, la canción favorita del país». Se refería al romance «Las señas del esposo» que tenía más de doce versiones.

En plena *Guerra Nacional*, un sargento del barrio El Calvario de Masaya recitaba «versos, historias, romances, refranes y dichos agudos», informa Salvador Calderón Ramírez en una de sus obras⁴; y en *El viaje a Nicaragua* Rubén Darío, refiriéndose a las damas que asistían a los paseos campesinos y a las reuniones a la orilla de los lagos y balnearios, escribía: «*Allí cantan y danzan gallardamente vivos sones del país o alegres fandangos y músicos de España, que quedaron de la época de la colonia*»⁵.

Ya en nuestro siglo, Salomón de la Selva recreó en inglés el romance «Delgadina»; con este título, y dedicado a Daniel E. Wheeler, fue incluido en su primer libro de versos⁶.

III. CINCO ROMANCES PROFANOS

Hasta aquí las fuentes históricas de los romances tradicionales en Nicaragua que tienen la forma métrica de sus originales: cuartetos octosílabos con rima asonante en los versos pares; y de los cuales, en su antología, Mejía Sánchez publicó dieciséis: siete profanos, cinco religiosos y cuatro in-

4. *Alrededor de Walker*. San Salvador, Ministerio de Instrucción Pública, 1929, p. 45.

5. *El viaje a Nicaragua*. Libro del mes de R.C.P.C., núm. 65, febrero, 1966, p. 22.

6. *Tropical town and other poems*. New York, John Lane Company, 1918, pp. 128-131.

fantiles⁷. Pero aquí transcribiremos únicamente cinco profanos: «Las señas del esposo», «La esposa infiel», «La amiga de Bernal Francés», «Blanca flor y Filomena», y «Delgadina», tomados del citado libro de Mejía Sánchez. Este recogió en Granada la siguiente versión de «Las señas del esposo»:

—Yo soy la recién casada
que nadie me gozará,
que abandoné a mi marido
por amar la libertad.

—Caballero de fortuna,
no me ha visto a mi marido?
—Señora, no lo conozco,
deme algunas señas de él.

—Mi marido es alto y blanco,
tiene tipo de francés,
y en el puño e la camisa
lleva el nombre de Isabel.

—Por las señas que me ha dado,
su marido ha muerto ya,
en la calle del Sitiado
lo mató un traidor francés.

—Yo me visto e luto negro,
mi marido ha muerto ya,
y si acaso no aparece
yo me quedo con usted.

De «Las señas del esposo», había trece versiones en Nicaragua localizadas en Granada, Masaya, Malacatoya, Managua, Rivas, Juigalpa y Jinotega; además de las que transcribimos, otras nueve versiones nicaragüenses prescinden del tema original de fidelidad convirtiéndolo en infidelidad. En una de las dos versiones granadinas, recogidas en el barrio de Jalteva, la viuda hace la siguiente descripción:

7. El último de éstos, «San Pedro», todavía lo oímos durante la infancia en Managua, pero con el personaje sustituido —en lugar de San Pedro, Calvino— y algunos versos variados: «*Estaba Calvino/ sentado en el sol,/ con el calzón roto/ de fuera un coyol./ Pasaron las niñas/ y le preguntaron/ qué es eso, Calvino?/ qué es eso, mi amor?/ Esta es la carga/ de mis municiones/ y esta es la escopeta/ con que tiro yo./ Estaba Julián/ arriba el balcón/ Calvino hijo'e puta/ zurcí tu calzón*».

—Mi marido es alto y rojo
tiene tipo de leonés⁸,
y en el puño de su mano
lleva el nombre de Isabel.

En otra de la misma ciudad, el marido «... en el puño de la espada/ *lleva las armas del rey*»⁹. En la de la hacienda rivense El Menco, se agregan varios elementos de la vida campesina:

—Su caballo es tordillo,
su montura plateada,
su cilindro es de acero
y su gorra engalanada.

Y en la de Malacatoya, la infidelidad se recalca en dos cuartetos más, perteneciendo la última al corrido «El Zopilote»:

—Mi marido está en su cama
y yo al lado e su cabecera
con el rosario en la mano
rongándole a Dios que muera.

—Mi marido ya murió
ya lo llevan a enterrar,
échenle bastante tierra,
no vaya a resucitar.

Por último, en la versión de Juigalpa las mujeres añaden una cuarteta final:

—Todas las mañanitas
me voy a vender verduras
para que diga la gente
qué hermosa quedó la viuda!

Del romance «La esposa infiel» se obtuvieron cuatro versiones: una de las dos chontaleñas del primero, recogida por Pablo Antonio Cuadra en el departamento de Chontales, es la que transcribimos a continuación:

8. Este verso tiene su explicación en la simpatía de los jaltevanos hacia los leoneses, originada de la guerra civil de 1854 durante la cual las fuerzas de Máximo Jerez sitiaron Granada durante nueve meses desde el barrio de Jalteva, tradicionalmente no muy afecto al *centro* granadino.

9. Evidentemente, autentifica la procedencia colonial de esta versión.

—Paseándome una mañana,
por las orillas del mar,
me encontró una joven bella
y la empecé a enamorar.

Ella me agarra la mano,
a su casa me llevó,
en conversación estábamos
cuando el marido llegó.

—Tu marido: ¡Tu marido!
¿a dónde me escondo yo?

—Metete bajo la cama,
mientras me disculpo yo.

—Abrime las puertas, cielo,
abrimelas que soy yo.

—Tus llaves se me han perdido
en mi rico tocador.

—De plata las tienes tú,
de acero las tengo yo.
Cuando él abre la puerta,
él me mira la color:

—O es que tienes calentura
o es que tienes nuevo amor.

—Yo no tengo calentura
ni tampoco nuevo amor.

—Es el viento de la noche
que con frío me dejó.

—De quién es ese caballo
que en corral relinchó?

—Ese caballo es muy tuyo,
mi papá te lo mandó,
para que vayas a las bodas
de mi hermana, la menor.

—Para qué quiero caballo,
si caballo tengo yo?
Lo que quiero es ese amiguito
que en mi cama se acostó.

—Aquí no se acuesta naide
cuando usted anda por allá
los únicos que se acuestan
son su hermana y su mamá.

—No te sigas disculpando
que ya estoy muy enojado,
a mi no me entra el peine
cuando ando enmarañado.

Viene y le agarra la mano,
 al suegro se la llevó:
 —Suegro, aquí le traigo a su hija
 que una traición me jugó.

—Si una traición te ha jugado
 ¡no tengo la culpa yo!
 Viene y le agarra la mano,
 y al monte se la llevó.

El galán murió a la una,
 la hermosa murió a las dos,
 hincadita de rodillas
 cinco balazos le dió.

Pongan cuidado muchachas,
 esas que se están casando,
 cuidado con resbalones,
 ¡miren lo que está pasando!

Pero en todas las versiones el tono del habla del esposo es muy «nicaragüense», sobre todo en la versión de Granada dictada por Juan Francisco Alemán Ruiz:

—Ya no te estés disculpando
 porque yo estoy enojado
a mí no me dentra el peine
 cuando estoy *enmarañado*.

Las cuatro versiones también terminan con una cuarteta en que se aconseja a las muchachas: *esas que se están casando*.

La más completa de nuestras versiones del romance «La amiga de Bernal Francés», que inspiró traducciones catalanas y portuguesas, es la recopilada por Pablo Antonio Cuadra en el departamento de Rivas:

Al fin del plan de un barranco,
 sin saber cómo ni cuándo,
 allí fué donde encontró
 Benigno al francés Fernando.

Benigno allí lo mató,
 porque lo estaba esperando
 para vengar con la sangre
 el amor que le ha golpeado.

—Abrime la puerta, Elena,
 sin ninguna desconfianza,
 que soy Fernando el francés
 que ha venido de la Francia.

A la medio abrir la puerta
se les apaga el candil,
se tomaron de las manos
y se acuestan a dormir.

A la mitad de la noche
Elena le dice así:

—Por qué, Fernando el francés,
tú no me hablas a mí:

—O tienes amores en Francia
o quieres a otra más que a mí.
O le temés a mi marido
que se halla lejos de aquí.

—No tengo amores en Francia,
ni quiero a otra más que a tí,
no le temo a tu marido
que se halla al lado de tí.

—Válgame Dios en desgracia,
desgraciada que yo fuí,
hablando con tu marido
ni la habla le conocí.

—Confíesate con Dios, Elena,
que tu vida llegó hasta aquí
te crees con don Fernando,
con don Fernando has de ir.

—Perdoname, esposo mío,
mi desgraciada aventura,
ya no lo hagas por mí
hacelo por tus creaturas.

—Criada cogé a esos niñitos,
lleváelos a mi madre,
si preguntan por Elena
decile que no sabés.

Preguntan los chiquititos
—a dónde quedó su madre,
responden los grandecitos:
—La mató mi señor padre.

Vuela, vuela, pajarillo,
no detengas el volido,
a ver, a ver a la Elena,
a ver qué le ha sucedido.

Pobrecita de la Elena,
en qué martirio murió,
con tres heridas de filo
que su marido le dió,

y aquí termina el corrido
de la mujer que faltó;
y aquí termina el corrido
de la mujer que faltó.

En el original español Bernal Francés, personaje histórico, es el autor de la venganza; mas en nuestras versiones, como en la catalana, el marido vengador es otro. La de Granada varía de sitio que se confunde con un pájaro: «Allá en el guardabarranco», y en su segunda cuarteta se indica la forma del hecho:

Echaron manos al hombro
del número diez y seis
se dieron cuatro balazos:
Benigno mató al francés.

La versión de las Segovias es menos estropeada:

Echaron mano a sus armas
con rifles de a dieciséis
y se dieron de balazos
Benigno con don Fernando.

Esta misma versión termina con otra advertencia moral: «*Vengan todas las casadas/ a tomar ejemplo aquí,/ que si son desarregladas/ les pasará lo que a mí*»; final del que carecen las otras versiones.

Derivada de una fábula clásica, el romance tradicional en el que el caballero don Tarquín viola a su enamorada y le corta la lengua, titulado «Blanca Flor y Filomena», tenía por lo menos dos versiones en el departamento de Granada; la de Nandaime, sin algunos versos, es la que reproducimos:

Santa Fe estaba sentada
a la luz de una candela,
con sus dos hijos queridos.
Blanca Flor y Filomena.

Llega el galán de Turquí
se enamora de una de ellas.
—Casate con Blanca Flor.
pero no con Filomena.

Linda estaba Blanca Flor,
pero mejor Filomena,
y el galán que la miraba
ya está penando por ella.

Blanca Flor ya se casó.
A su tierra se la lleva.
Nueve meses de casado
y vuelve donde su suegra.

—Buenos días tenga el yerno,
que viene de tierra ajena,
.....
deme razón de su esposa.

—Mi esposa no está muy buena
porque de parto quedó,
y le manda a suplicar
que le preste a Filomena

—Corre, corre, Filomena,
andá, vestite de color,
que te ha mandado a llamar
tu pipita Filomena,

Ya se viste Filomena
a caballo ya montó,
por delante se la echa
para llevarla mejor.

.....
.....
allá por medio camino
de Filomena gozó.

Pero el galán de Turquí,
para ocultar su traición,
con su cuchillo de plata
la lengua se la trozó.

Filomena ya no puede
decir lo que le pasó,
con la sangre de sus venas
una carta le escribió.

Blanca Flor cuando la lee
por el dolor malparió,
y el hijo que le ha nacido
en la olla lo coció.

.....
.....
—Qué me diste tan sabroso,
que me diste, Blanca Flor?

—Es la carne de tu hijo
el que anoche nació;
no quiero hijo del ingrato
que a mi hermanita mató.

Para terminar, en 1966 oímos con música de tanto una de las cuatro versiones conocidas del «terrible romance de Delgadina»: la de Sábana Grande, departamento de Managua, que a continuación reproducimos:

Delgadina se paseaba
con sus alas bien cuadradas,
con su manto de hilo de oro
que en su pecho le brillaba.

—Levántate, Delgadina
ponete el vestido Blanco
que todo ya está en mudanza.

Cuando venía de misa
su papá lo platicaba
—Delgadina, hija mía,
yo te quiero para dama.

—No lo permita Dios,
ni la Reina Soberana,
porque tú eres mi padre
y mi madre tu mujer.

—Venga dos esclavos!
Echen presa a Delgadina,
remachando sus candados
que no se le oiga la voz.

—Papacito de mi vida,
tu castigo estoy cumpliendo,
regalame un vaso de agua
que de sed me estoy muriendo.

—Cuando le llevaron el agua,
Delgadina estaba muerta,
con sus ojitos cerrados,
su boquita muy abierta.

Ya con esta me despido
con la flor de clavelina
aquí termina la historia,
la historia de Delgadina¹⁰.

10. Esta versión la escuchamos en casa del Dr. Francisco Pérez Estrada a un amigo de éste.

CONCLUSION

Los romances de la península eran cantados por los españoles en América ya durante los primeros años de la conquista. Con el tiempo, adquirieron en estas tierras nueva vida persistente y, en la provincia de Nicaragua, sirvieron de materia recreativa al pueblo que los modificaba, intercalando dichos y frases particulares. Por algo, de todas las expresiones tradicionales de España, el romance fue una de las que más ejemplificó la forma en que la lengua española se vio afectada por la «nicaraguani-zación».